

Reflexiones Salesianas para el Domingo

Segundo Domingo de Adviento

Diciembre 6, 2009

En el Evangelio de hoy escuchamos las palabras de Juan el Bautista, quien nos urge a que nos preparemos para la llegada de Jesús. San Francisco de Sales nos pide que comencemos esta labor en nuestro corazón:

Nuestro corazón es la fuente de nuestras acciones. Nuestras acciones reflejan la forma verdadera de nuestro corazón. Quien haya ganado el corazón de una persona lo ha ganado a él o a ella en su totalidad. Aún así ese corazón, el cual deseamos sea nuestro punto de partida, ha de ser instruido. Juan el Bautista desea que llenemos de fe y de esperanza nuestros temerosos corazones. Existen ciertos miedos y ansiedades que, cuando se desbordan, perturban el corazón dejándolo desmoralizado. Pero estos son zanjas y valles que debemos llenar con la confianza y la esperanza derivada de nuestra preparación para la llegada de nuestro Señor.

Construyan caminos verticales. Los caminos llenos de recovecos fatigan y terminan despistando al viajero. Debemos rectificar nuestro camino confiando en que Dios nos proveerá toda la ayuda necesaria para que logremos adquirir una buena disposición. No se desanimen. Hagan todo lo posible por desarrollar un espíritu de compasión. No me cabe la menor duda de que Dios los lleva tomados de la mano. Si Dios permite que se tropiecen en un momento determinado, es sólo para que ustedes sepan que si El no los llevara tomados de la mano se habrían caído. Es de esta forma que aprendemos a estrechar la mano de Dios con más fuerza.

No es posible para nosotros hacer que nuestro corazón sufra una transformación total de un momento a otro. Necesitamos tener paciencia. Si se esfuerzan fielmente en la práctica de la paciencia Dios se las otorgará. Debemos ser como el capitán que aún timoneando su buque mantiene siempre un ojo fijo en la aguja de la brújula. Debemos tener una única intención, y esa debe ser complacer a Dios. Pongamos atención a la Palabra de Dios y asimilémosla bien. Qué agradable es reflexionar sobre nuestro Salvador. El poseía una ecuanimidad perfecta de espíritu que brillaba intensamente en medio de toda clase de circunstancias cambiantes. Qué placentero es poder encontrar una persona con tan buena disposición. Aquellos que llevan a Jesucristo en su corazón muy pronto lo llevarán también por todos sus caminos.

(Adaptado de los escritos de San Francisco de Sales)

Reflexiones Salesianas para el Domingo

Tercer Domingo de Adviento

Diciembre 13, 2009

En las lecturas del Evangelio de hoy continuamos escuchando las palabras de Juan Bautista quien nos urge a la conversión. El nos dice que debemos compartir nuestra abundancia, que debemos hacer uso del sentido de la integridad en el transcurso de nuestras actividades diarias, y que debemos saber con certeza quiénes somos y quién es nuestro Mesías. San Francisco de Sales dice:

Juan Bautista ama demasiado la verdad como para dejarse llevar por la ambición. El va informando a quienes han venido a verle que él no es el Mesías. El nos dice que debemos examinar nuestras acciones y, en ese proceso, reformar aquellas que no encierran buenas intenciones y perfeccionar aquellas que si las tienen.

Juan Bautista era una piedra firme. Él era un hombre poseído por una estabilidad inquebrantable en medio de circunstancias cambiantes. Él tiene el coraje para admitir quien es. Aquel que se conoce a sí mismo verdaderamente jamás se molesta cuando es apreciado y tratado por lo que es. Cuando Dios nos otorga la luz para que podamos conocernos como somos realmente, esta es una señal de un gran proceso de conversión interior.

Ser un cristiano es el título más hermoso que podemos dar a los demás. Aun así, no es suficiente que seamos llamados cristianos. Debemos vivir de una forma que haga posible reconocer claramente en cada uno de nosotros a una persona que ama a Dios con todo su corazón. Alguien que cumple con los mandamientos y que frecuenta los sacramentos, alguien que hace cosas que son dignas de un verdadero cristiano.

Cuando nos sabemos amados nos sentimos obligados a corresponder a ese amor. Esto mismo sucede cuando vivimos nuestra vida en Cristo. El amor sagrado de Cristo nos presiona de un modo especial para que nosotros compartamos nuestra abundancia con los demás. La compasión hace que compartamos los sufrimientos, los dolores y las aflicciones de aquellos a quienes amamos. Madres y padres sufren a causa de las aflicciones de sus hijos. Entre más aumenta nuestro amor por alguien, más profunda se hace nuestra preocupación por su bienestar. Lo acompañamos en su sentimiento, bien sea de alegría o de tristeza. Nuestro objetivo es actuar con una única intención: ajustarnos a la imagen verdadera de Dios en nosotros. Por que la razón por la cual Jesús vino al mundo fue para mostrarnos nuestro yo verdadero en Dios.

(Adaptado de los escritos de San Francisco de Sales)

Reflexiones Salesianas para el Domingo

Cuarto Domingo de Adviento

Diciembre 20, 2009

En el Evangelio de hoy escuchamos a Isabel declarando que María ha sido bendecida, al haber sido elegida para ser la madre de nuestro Señor. San Francisco de Sales dice:

Cuando Isabel declara a María como bendita, María afirma que en realidad ha sido bendecida ya que toda su felicidad proviene de Dios. Dios observa a María en toda su humildad y la exalta. María, en su humildad, se siente sobrecogida ante la maravilla de que Dios la ha hecho madre de Jesús.

Un amor lleno de exaltación hacia Dios y hacia los demás, al mismo tiempo que una humildad profunda, son los sentimientos que se agolpan de manera especial en el corazón de María. La humildad permite que María experimente la inmensa e inagotable profundidad de la bondad de Dios. Después de experimentar la inmensidad del amor de Dios, se percata de cuán diminuta es ella ante la sublimidad de Dios. Entonces actúa inmediatamente impulsada por su amor hacia Él, diciendo: Hágase en mí según Tu palabra. Al dar su consentimiento a la voluntad de Dios, María nos da una muestra del acto de caridad más grande que se pueda concebir. Porque en el instante en que ella accede, la Palabra Divina se hace carne. Y María, llena de una gracia infinita, desea el amor de Dios para el mundo entero.

Al igual que en el caso de María, el primer fruto que nos brinda la gracia de Dios es la humildad. La humildad nos permite experimentar el amor infinito de Dios. Al mismo tiempo, la humildad hace que nos percatemos de cuán limitada es nuestra capacidad de amar a Dios y a los demás. Mientras la gracia hace que nos inclinemos hacia la excelencia del amor divino de Dios, la humildad hace que podamos ver cómo Su amor purifica profundamente nuestro corazón ante Él y sus criaturas. Al igual que en el caso de María, el amor de Dios en nosotros hace que amemos a los demás.

¡Qué buena señal es la humildad de corazón en la vida espiritual! Si somos humildes, y accedemos a que la voluntad de Dios se haga en nuestras vidas, nosotros también podemos dar a luz al Niño Jesús en nuestro corazón. Hacer a un lado los deseos de nuestra voluntad es doloroso. Pero vale la pena depositar nuestra confianza plena en la obra de Dios en nosotros, para así poder dar a luz a Cristo en nuestro corazón. Muy seguramente nuestro Salvador divino, con nuestro consentimiento, nos bendecirá eternamente y nos introducirá a la vida eterna.

(Sermones de San Francisco de Sales, L. Fiorelli, Ed.; San Francisco de Sales, Oeuvres.)

Reflexiones Salesianas para el Domingo

Vigilia de la Natividad

Diciembre 24, 2009

Esta noche es la vigilia de la natividad, y por ello hoy reflexionamos acerca del misterio del nacimiento de nuestro Señor. San Francisco de Sales comparte con nosotros sus pensamientos sobre la natividad:

Cuando alguien pretende construir una casa o un palacio primero debe considerar quién será la persona que ocupará este lugar. Obviamente el arquitecto utilizará diferentes planos dependiendo del estatus social del futuro habitante. Así mismo sucedió con el Arquitecto Divino. Dios creó el mundo para la encarnación del Hijo. Desde toda la eternidad, la sabiduría divina previó que la Palabra asumiría nuestra naturaleza al momento de su llegada a la tierra. Para lograr este objetivo Dios escogió a una mujer, la sagrada Virgen María, quien dio a luz a nuestro Salvador.

Por medio de la Encarnación Dios nos hizo ver aquello que la mente humana difícilmente hubiese podido imaginar o entender. El amor de Dios por la humanidad es tan inmenso, que una vez se hizo humano deseó llenarnos a todos de divinidad. Dios quiso coronarnos con la bondad y la dignidad divina. El deseo que nosotros fuéramos hijos de Dios.

Nuestro Salvador vino a este mundo para enseñarnos qué debemos hacer para poder preservar la divina semejanza de Dios en nosotros, la cual El ha reparado y embellecido completamente. Con suma seriedad debemos reunir todo nuestro coraje para vivir según quienes somos. Nuestro Salvador vino a enseñarnos cómo vivir según la razón, y a enseñarnos cómo dominar el desorden de nuestros amores. El estaba totalmente lleno de bondad y misericordia para con la familia humana. Muchas veces cuando los pecadores más empedernidos han llegado ya al punto de vivir como si Dios no existiera, Nuestro Salvador permite que ellos encuentren Su Corazón lleno de compasión, y de misericordia para con ellos. Todos aquellos que han pasado por esta experiencia mantienen un sentido de gratitud asociada a ella. Es Jesús a quien debemos dar forma, y dar a luz en nuestros corazones. El divino Niño vale todo aquello que tengamos que soportar para poder traerlo al mundo.

(Adaptado de los escritos de San Francisco de Sales.)

Reflexiones Salesianas para el Domingo

La Sagrada Familia

Diciembre 27, 2009

En el Evangelio de hoy escuchamos a Jesús decir a María y a José que Su lugar está en “casa de su Padre”, aún cuando él continua obedeciéndolos a ellos como sus padres. San Francisco de Sales observa:

Dios nos acerca a él por medio de atracciones especiales. Si la atracción viene de Dios, los conducirá por la

senda de la “obediencia amorosa”. La obediencia amorosa hace que asumamos un mandato con amor, sin importar cuán difícil sea, en cumplimiento con la voluntad de Dios. Entonces deseamos que Dios se haga cargo de nuestros afectos y nuestras acciones, y que los moldee. Ciertamente el seguir por esta senda los llevará a cosechar bendiciones.

En las escrituras Jesús frecuentemente nos dice que El no vino a la tierra a hacer su voluntad, sino a cumplir con la voluntad del Padre. Durante su vida como mortal Jesús obedeció a sus padres y a otros con amor. Nuestro Salvador ahora nos pide que imitemos esa misma obediencia amorosa que El demostró, no sólo para con la voluntad Divina, sino también hacia sus padres en la tierra. José y María recibieron una gran dicha por que lo ayudaron, y porque pudieron permanecer constantemente en presencia Suya.

¿Qué es lo que hace que nuestro estado de ánimo cambie y que no sea constante a la hora de servir y amar a Dios? Es la diversidad de nuestros deseos. Los cambios constantes de nuestro estado de ánimo son resultado de la desmesura de nuestros deseos. El amor Sagrado sólo tiene un deseo: amar y servir a Dios; quien desea que nuestro espíritu este tranquilo, y que podamos experimentar en este mundo un leve anticipo de lo que será la dicha eterna.

El equilibrio mental, y de nuestro corazón es la virtud que más necesitamos para poder lograr la estabilidad de nuestro estado anímico, y que esto nos conduzca por la senda de la santidad. Una forma de lograr el equilibrio mental y de nuestro corazón en nuestras vidas, es crear una rutina de oración mental y otras actividades que contribuyan a mantener nuestro bienestar: comer, dormir y hacer ejercicio. Cumplan fielmente con los deseos y los mandatos de Dios, del mismo modo en que las abejas cumplen con su reina. De esta forma podrán cumplir firme e inquebrantablemente con la resolución de amar la voluntad de Dios como lo hiciera Jesús: constantemente, con coraje, con resistencia y con ardor.

(Adaptado de los escritos de San Francisco de Sales, especial Oeuvre: Entretiens)